

Liturgia privada

Liturgia privada/ M. G. Burello
–1ª ed. Buenos Aires, 2015–

ISBN 978-987-1586-64-6

© M. G. Burello
© Huesos de jibia

Pasaje Robertson 522
(1406) C.A.B.A.

www.huesosdejibia.com.ar
www.huesosdejibia.blogspot.com.es
www.facebook.com/editorial.hdj
huesosdejibia@gmail.com

Edición: Walter Cassara
Diseño: Pedro Giraldo
Maquetación: Maurice Brosandi
Imagen de tapa: © Graciela Prieto
www.gracielaprieto.com

Hecho el depósito que indica la ley 11.723
Impreso en Argentina

M. G. BURELLO
Liturgia privada

Aquí

Pasión

Esta pasión enfermiza que navega en mi sangre
rara vez se atreve a hablar. Apenas se exterioriza
en círculos concéntricos cada vez más amplios,
en la discreta periferia que oscila en mi entorno.
Oscura y secreta, masiva y central,
se agazapa y ruge en la íntima quietud del alma,
en el silencio y la noche de la escenografía externa.
Sólo en mi pecho se oficia esta liturgia privada,
y a cada sesión, se destruye y renueva su alfabeto,
que hoy ni yo mismo sabría descifrar.
Pulsión que corroe su propio instrumento,
afán que sitia y jaquea su propia sede...
Un mal que no conoce terapia ni redención
y lleva siglos incubando en un cuerpo al que hace sentir joven.
En ocasiones, escribe poesía:
la estás leyendo.

Absurdo como la muerte de un niño

Absurdo como la muerte de un niño,
el cotidiano episodio del dolor
se pasea ante párpados cansados,
flagrante y convencional.

No la melancolía,
el crónico paso por el valle de lágrimas
y su debido registro,
protocolos de patetismo y usanza,
sino la pena, sin más:
la congoja que estalla en un desplante,
el grito mudo que todos oyen
y nadie escucha.

Y cuando el mundo vuelve a su lugar,
ya nada es igual.
Un alma menos pisa la Tierra,
o lo que es peor:
está dispuesta a dejar de pisarla,
indiferente ya.

Estas cosas, secretas y comunes,
empañan a un linaje que también
medra en la sonrisa y la caricia.
Justo es decirlo.

Consigna: incendiar el escritorio

No de mármol, sino de hojarasca
se revela el acopio de temas
que yacen en el escritorio
del poeta sin inspiración. ¡Qué ocurrencia
la de arder los versos insolentes,
sin víctima ni destinatario,
y rociar a mansalva con vocablos
de una lengua aún no hablada y ya querida
la tierra virgen de la mente en blanco!
Pero una incursión en la sola antesala
del mundo ominoso de la despalabra
podría matarnos. Y así, mejor fingir
un continuo renacer de lo ya dicho
bajo atuendos cuyo fasto oculta
la desnuda verdad:
la del silencio.

Después de todo,
también es abrigo el sepulcro, también
lo nuevo es lo viejo olvidado
que se oxida en el turbio almíbar
de la vigilia:
parto y defunción de la conciencia.

Después del bombardeo

A la mañana salimos temprano.
Dios estaba muerto y todo languidecía.
En las copas de las acacias
agonizaban los pájaros.
Con el niño de la mano
avanzamos por las calles:
pozos, zanjas y trincheras
hospedaban los cadáveres.
Así se enseñoreaba la muerte.
Así de fácil.

A la mañana salimos temprano.
Ceniza triste y ubicua
tapaba cada cosa con su manto.
¿Qué ojos vacíos lloraban
tras los rotos ventanales?
Ya no lo sabremos. Un fantasma
se ha quedado, acaso, a velarlos.
Porque así lo quiere siempre el espanto.
Así de fácil.

A la mañana salimos temprano.
Un anciano y un niño, ¡qué pobre panorama!
Con los oídos aún embotados
paseamos por el infierno.
No habíamos dormido, no habíamos vivido
desde aquel primer estruendo.
Desde que el primer fogonazo
surcó el cielo sin nubes ni estrellas.
Así de fácil.

A la mañana salimos temprano.
El pueblo era ya un camposanto.
Avanzábamos despacio,
tosiendo y trastabillando.
Vecinos, parientes y amigos
nos saludaban: muñones y harapos,
pulmones sin aire, torsos sin piernas,
rostros de nadie. Exánimes.
El pueblo era ya un calvario.
Así de fácil.

A la mañana salimos temprano.
Pero por supuesto, era tarde.
En guerra es todo inoportuno, y en la vida
a todo le falta tiempo:
un silbido de cinco segundos
resuena en la eternidad.
Ceniza, trinchera, cadáver,
estruendo, muñón, calvario...
Así arrecia la Parca desde el cielo.
Así de fácil.

Ciudad de Córdoba

Esquina de Buenos Aires

En julio, agosto, y hasta en septiembre,
en esa esquina porteña se embolsa el viento
como un remolino endiablado:
una catástrofe irrisoria.
Las plantas trepadoras de las ochavas están mustias,
las calles de la encrucijada conducen todas a un cementerio,
y sólo pasa gente apurada, arropada
hasta perder toda identidad.

Pero de pronto estalla la primavera...
Un mago o un dios salpican con flores
toda la escena, que se puebla de vecinos con cara.
Y ahora, en esa esquina, la vida es grata.
Y uno comprende, complacido,
el ciclo de las estaciones: el cambio
en lo inalterable, lo pequeño
en lo grande, un rincón
de un reino que llamamos “Buenos Aires”,
donde el ancho mundo se condensa
en un solo grano de arena,
minúsculo y gigantesco.

He pasado por allí en distintas edades,
en diversas situaciones de mi vida.
En mi cerebro bullían los problemas,
en mis bolsillos se apiñaban los libros...
Pero ayer me detuve a mirar ese enclave mágico,
y respiré aliviado.
Tenía, como se dice,
todo el tiempo del mundo,
y cuatro sentidos posibles en los que avanzar.

Insomnio

Cesa ya la noche infinita
y cesan con ella los mecanismos del mundo.
Se detienen las nubes y la sangre
en los cielos y en los animales.
Las órbitas celestes distorsionan, se anula
el lento divagar de los planetas. Las estrellas
desconocen el álgebra del cosmos...
Todo se niega a perseverar y seguir.
Cesan los ecos de multiformes contiendas,
y los clamores, y las maldiciones.
Las criaturas se mueren para volver a nacer.
Se imponen el moho y la parálisis.
El fuego se congela en estalagmitas incandescentes.
Y todo es cementerio ya.

En esta sombra cesan todas las cosas
menos yo, que, incólume, no ceso.